

EL INSTITUTO TAVISTOCK
DANIEL ESTULIN



El Instituto Tavistock, un organismo real situado en Essex, Inglaterra, es considerado el máximo centro mundial de control mental creado durante la Segunda Guerra Mundial bajo los auspicios de la familia Rockefeller. Una sofisticada organización creada para cambiar el paradigma de la sociedad contemporánea. *«Todo lo que ha habido, desde la Nueva Izquierda hasta el Watergate, Vietnam, los Papeles del Pentágono, el movimiento hippie, el movimiento contra la guerra y la contracultura de las drogas y el rock, han sido proyectos de ingeniería social planificados de antemano»*, asegura Estulin.

Este libro revolucionario revela los orígenes y el *modus operandi* del Instituto, quién está detrás del mismo, cuáles son sus objetivos y cómo nos afecta en nuestra vida cotidiana.

ÍNDICE

- Introducción >>
- 1. La contrainsurgencia >>
- 2. Tavistock y la Perversa Alianza >>
- 3. Matar al Rey >>
- 4. Las puertas de la percepción: La revolución psicodélica de la CIA >>
- 5. La televisión >>
- 6. La cibernética >>
- 7. El Instituto Tavistock y la ciencia ficción >>
- 8. George Gershwin se anota un tanto con el tema *Do It Again* >>

Introducción

La localidad de Tavistock, en el condado de Sussex, Inglaterra, es el centro mundial del lavado de cerebros en masa y de la ingeniería social. Después de haber tenido un comienzo un tanto difícil en Wellington House, allí creció una compleja organización que habría de dar forma al destino del planeta entero, al tiempo que cambiaría el paradigma de la sociedad moderna.

En este revolucionario trabajo, que sin duda tendrá el efecto de una explosión nuclear de quinientos kilotones, descubrimos tanto la red de Tavistock como los métodos de lavado de cerebro y guerra psicológica que se están adaptando, en este preciso momento, con la intención de aplicarlos a proyectos de ingeniería social a gran escala.

Se trata de la «Conspiración de Acuario», nombre que se dan a sí mismos los lavacerebros y que hace referencia a un estudio supersecreto llevado a cabo en 1974 en el Instituto de Investigación de Stanford, titulado «Cambiar las imágenes del hombre». Se puede considerar el presente libro, esencialmente, un manual para combatir el lavado de cerebros. El lavado de cerebros depende de la ignorancia de las víctimas. Está en todas partes. Todos percibimos la desintegración de nuestras naciones en el día a día, en las experiencias personales. Sin embargo, no se trata de una coincidencia. Ni de un accidente. Lo que estamos presenciando es la desintegración de la economía mundial, planificada por las personas más poderosas del mundo. En este

libro, que habla del Instituto Tavistock, se intenta demostrar que dicha conspiración es real, revelar quién forma parte de ella, cuáles son sus objetivos a largo plazo y cómo podemos evitar que nos manden a todos al infierno. Aparte de sentir indignación y rabia, usted, lector, llegará a la conclusión de que se trata del declive moral, material, cultural e intelectual que todos los días presenciamos en el mundo entero; sumidos en la impotencia, no accidental. No es Dios quien nos castiga por lo que hacemos mal en la Tierra, sino una crisis social inducida expresamente.

Repito que esto no es una prueba. Esto es real, y lo que está en juego es el futuro de nuestro planeta. Toda clase de degeneración musical es un producto fabricado por orden de un laboratorio, todo ecologista a quien no hayan lavado el cerebro ha logrado huir de un laboratorio de ingeniería social. Todo drogadicto es un producto secundario de una política gubernamental de futuro, cuyo objetivo final es la destrucción del espíritu humano y la degradación del hombre. Todos los defensores a ultranza del yoga, de la meditación trascendental, de la telekinesia, del radicalismo de izquierda y de derecha, de la educación de la sensibilidad bahá'í y de la percepción extrasensorial, de la conciencia cósmica, de la aberración que supone la Nueva Era o New Age, de las *chemtrails*, todos los seguidores de las experiencias cósmicas y quienes creen en la «concienciación» forman parte de una conspiración única, centralizada y coherente, surgida de algún proyecto patrocinado por un gobierno y financiado por una fundación. ¡Bienvenidos! ¡Pónganse cómodos! ¡Todos los pirados del mundo, juntos en el aquelarre más impresionante que se ha visto jamás!

En el mundo del humo y de los espejos no hay casualidades, coincidencias ni accidentes. Esto lo demostramos más allá de toda duda razonable, tal como haríamos si estuviéramos dirimiendo este caso ante un tribunal de justicia. Para nuestro objetivo tan sólo servirá el más elevado estándar de excelencia y de verificación. Es mucho lo que

hay en juego, y tenemos demasiadas posibilidades en contra. Lo que está en la balanza no es el futuro del planeta, la inmortalidad de la raza humana y la supervivencia de nuestra especie. Lograremos imponernos. Lograremos el éxito, cueste lo que cueste. No hay segundas oportunidades, terceras opciones ni cuartas vías. Esto es así, y con el presente trabajo, que resistirá el paso del tiempo, he trazado una raya en la arena. ¡No pasarán! No nos rendiremos.

Durante la Segunda Guerra Mundial, Tavistock fue el cuartel general de la Oficina de Guerra Psicológica del Ejército británico, que, por medio de lo que disponía la Ejecutiva de Operaciones Especiales, también dictaba la política que habían de seguir las Fuerzas Armadas de Estados Unidos en lo referente a la guerra psicológica.

¡Mire a su alrededor! A consecuencia de un ataque frontal a nuestro futuro, perpetrado por los más destacados sociólogos e ingenieros conductuales de todo el mundo, se rompieron las anclas que sujetaban la intención moral de las naciones. Nosotros, el pueblo, hemos sucumbido a una irracional indiferencia hacia lo moral. No se confunda, todo lo que ha habido desde la Nueva Izquierda hasta el Watergate, Vietnam, los Papeles del Pentágono, el sucio, asqueroso e inmoral movimiento *hippie*, el movimiento contra la guerra y la contracultura de las drogas y el rock, han sido asimismo proyectos de ingeniería social planificados de antemano.

Repito, lo que se ataca no son solamente nuestros derechos individuales, sino más bien la institución misma de la república «estado-nación», partiendo del mastodóntico programa de ingeniería social ideado por los oligarcas y llevado a la práctica a través del Instituto de Relaciones Humanas de Tavistock y de otra red, mucho más grande, integrada por centros de psicología social aplicada y de ingeniería social que surgieron después de la Segunda Guerra Mundial. Dichos grupos nos ven y ven los principios de los estados-nación como claros enemigos filosóficos.

Esta monstruosa maquinaria del mal está compuesta por algunos de los centros más prestigiosos del mundo, dedicados a la investigación y al estudio, como por ejemplo el Stanford Research Centre de la Universidad de Stanford, la Rand Corporation, el MIT/Sloane, el Advanced Centre of Behavioural Sciences de Palo Alto, el Institute of Social Research de la Universidad de Michigan, la Wharton School of Business de la Universidad de Pensilvania, la Harvard Business School, la London School of Economics de Londres, los National Training Laboratories, el Hudson Institute, el Esalen Institute, el National Institute of Mental Health, el National Institute of Drug Abuse, la Office of Naval Research. Hay otros, como la International Foundation for Development Alternatives y el Executive Conference Centre, ambos con sede en Ginebra, la primera escuela para graduados a jornada completa de la Era de Acuario, para ejecutivos de alto nivel de las quinientas empresas que figuran en la revista *Fortune*, donde se enseña cómo modificar la conducta. Zombis humanos en puestos de alta dirección que nos conducirán a la Nueva Edad Media de la conciencia trascendental. Dos son los objetivos. El primero, alcanzar los cambios necesarios en Estados Unidos; y el segundo, el orden mundial.

En los últimos cincuenta años, el Gobierno de Estados Unidos, con la ayuda secreta de centros de estudios y fundaciones que siguen la pauta de Tavistock, ha destinado decenas de miles de millones de dólares a financiar la labor de dichos grupos.

Todos los aspectos de la vida psicológica y mental de la población mundial fueron definidos, registrados y archivados en sistemas informáticos. Los grupos de sociólogos, psicólogos, psiquiatras, antropólogos, centros de estudios y fundaciones, que trabajan en estrecha colaboración unos con otros, están presididos por una elite integrada por poderosos miembros de la oligarquía, compuesta principalmente por la antigua Nobleza Negra de Venecia. El lector

podría preguntar: ¿Cuál es el propósito de esas modificaciones de la conducta? Implantar cambios forzados en nuestro modo de vida, sin nuestro consentimiento y sin que sepamos siquiera lo que nos está sucediendo. El objetivo último es extirpar por completo el sentido de «identidad» del ser humano, arrancarle el alma y sustituirla después por una pseudo-alma artificial, sintética. Sin embargo, para poder cambiar la conducta de los seres humanos, apartarla de la producción industrial y conducirla hacia el espiritualismo, y para hacernos entrar voluntariamente en el mundo de la era posindustrial de crecimiento cero y progreso cero, es necesario forzar un cambio de la imagen que tiene el ser humano de sí mismo, del concepto fundamental de lo que somos. Así pues, hay que buscar la imagen del hombre que resulte apropiada a esa nueva era, hay que sintetizarla y a continuación conectarla al cerebro de la humanidad.

El gobierno totalitario no es el único parámetro del totalitarismo. El poder ilimitado también procede de un «centro omnipresente». En el nuevo movimiento totalitario, esta fuerza directriz omnipresente se comunica por medio de la modificación de la conducta y el cambio de identidad, que son los nodos dominantes del sistema.

El terror psicológico no es la esencia, sino el signo de puntuación de lo que significa el nuevo totalitarismo. El secreto del éxito del movimiento radica en el poder del dinero y del consumo, porque elude hacerse responsable de los fallos del mismo. Los prescritos fracasos del mercado de Wall Street en proteger a las empresas se atribuyen, en cambio, a fuerzas trascendentales de la «mano invisible», que castiga a las empresas por los presuntos pecados cometidos contra las «leyes del mercado». De este modo, cuando suceden catástrofes, que castigan cada vez más a la mayor parte del mundo, se echa la culpa a las propias víctimas de las privaciones, la miseria y la opresión que sufren. Se trata de un método de gobierno mucho más eficaz que

el terror por la fuerza, más descarado, que expone al sistema a otra forma de resistencia.

Tener a la mayoría en un estado continuo de ansiedad interior funciona, porque se obliga a las personas a que estén demasiado ocupadas en asegurarse su propia supervivencia o a competir por ella para colaborar en la construcción de una reacción eficaz. Esto también lleva por todas partes la firma de Tavistock.

En la década anterior, se mantuvo a la población mundial en un permanente estado de inestabilidad a través de continuas debacles económicas y decretos de comercio transnacional, que vaciaron las arcas nacionales y anularon el derecho a la autodeterminación de los países. Las poblaciones se han visto tan abrumadas por el constante avance de la monstruosa maquinaria, de las crisis económicas y medioambientales, que la práctica universal de crear inseguridad ha dejado a las mayorías sociales paralizadas, por un terror de baja intensidad. Condición necesaria para que un movimiento totalitario continúe avanzando, porque su *modus operandi* consiste en tener a sus súbditos en perpetuo desequilibrio.

En épocas anteriores, hemos visto cómo se tomaban medidas draconianas de alcance nacional, pero nunca una agresión semejante a los derechos de las personas y a las normas democráticas. Cada medida nueva, en sí misma, puede parecer una aberración; pero una serie completa de cambios que forman parte de un *continuum* constituye un giro brusco hacia la esclavitud. El poder total es un correlato supraterrrestre del poder mundial, que no es capaz de concebir límites para sí mismo.

Tenemos que superar muchos retos. Cuando se desvelan los datos, cuando se ponen las pruebas encima de la mesa, cuando los conspiradores han sido desenmascarados y despojados, y sus acciones se han expuesto a la vista de todo el mundo, aun entonces el ciudadano corriente afirma que se trata de una conspiración y se niega a creer que

pueda ser real una confabulación tan monstruosa y aplastante..., hasta que ya es demasiado tarde. ¡Queda usted advertido!

Nos encontramos en una encrucijada. Y del camino que tomemos ahora dependerá que vivamos en el siglo XXI como repúblicas de estados-nación o como un montón de esclavos subyugados, diezmados y deshumanizados.

Querido lector, la situación es sumamente grave. Estamos luchando contra el esfuerzo aunado de algunas de las personas más brillantes de la historia, que conspiran contra nosotros con el fin de controlarnos. Pero la voluntad del ser humano es inmortal. Los tiranos mataron a cientos de millones de personas y, sin embargo, los pueblos lucharon y acabaron consiguiendo la libertad. La libertad estimula el alma humana; el miedo la paraliza. En medio de la ensordecedora cacofonía del silencio patriótico, las voces insurgentes reclaman atención. La inmortalidad tiene su base moral en la verdad y la incorruptibilidad. Se merece que se le dé todo el respaldo posible. Se merece que se luche y se muera por ella.

Por último, la historia enseña por analogía, no por identidad. La experiencia histórica no consiste en quedarse en el presente y volver la vista al pasado, sino en regresar al pasado y volver después al presente con una más amplia y profunda conciencia de las restricciones de que adolecía nuestro anterior punto de vista.

El grabado número setenta y nueve de la serie *Desastres de la guerra*, de Goya, muestra a la Libertad, una dama de cabellera rubia, tendida de espaldas y con el busto a la vista, y a unas figuras fantasmales moverse alrededor del cadáver, mientras unos monjes cavan la tumba. Murió la verdad. ¿Es ésa la alternativa? El hombre prevenido vale por dos. No compete a Dios salvarnos, sino a nosotros mismos. Jamás encontraremos las respuestas correctas si no somos capaces de formular las preguntas adecuadas.

DANIEL ESTULIN.
Madrid, 26 de mayo de 2011.

1

La contrainsurgencia

Las técnicas de manipulación psicológica de la sociedad son casi tan antiguas como la humanidad misma. Los señores feudales, con el fin de preservar y consolidar su poder, siempre se valieron de los castigos y la tortura como agentes disuasorios del cambio. Incluso hace mil años, lo que ayudó a las clases dirigentes no fueron las técnicas per se, sino una deliberada aplicación de las mismas a modo de herramientas de la máxima «divide y vencerás». Por muy inhumana que pueda parecer una técnica en particular o una medida terapéutica, no es una acción encaminada a erradicar cualquier insurgencia en sí misma. «La contrainsurgencia no puede desarrollarse apoyándose sólo en el terror; requiere una aplicación consciente y sistemática por parte de la clase dirigente o de sus víctimas».^[1] Esto es exactamente lo que se consiguió con la transformación de la psicología y la psiquiatría en los años treinta.

«La primera aplicación masiva de la psicología como arma consciente tuvo lugar en la Alemania nazi, concretamente en la eugenesia, que se basó en las retrógradas fantasías “arias” y se impuso a una parte de la población. Si bien la causa y el desarrollo de la carnicería nazi tuvieron su origen en el desmoronamiento de la economía mundial, su forma concreta, la eugenesia, fue ideada por los teóricos y los técnicos preferidos de los nazis: los psiquiatras».^[2]

Desde entonces, la «ciencia de la mente» se ha transformado en el arte de destruirla. Los enfoques legítimos, terapéuticos, han cedido el paso a una pseudociencia sobre la modificación de la conducta denominada «terapia de aversión».

Esta transformación de la ciencia de la mente fue modelada por la guerra, la guerra del genocidio mental que libró la burguesía contra la clase trabajadora. La premisa esencial de la labor de Tavistock es que determinados tipos de instituciones «democráticas» representan un instrumento mucho más eficiente para la dictadura fascista que los modelos tradicionales, los claramente «autoritarios».^[3] «Desde el gran fraude del petróleo y el lavado de cerebros al estilo de la CIA, las ciencias de la psicología vienen siguiendo la ruta inicialmente dibujada en 1945 por el doctor John Rawlings Rees, gran maestro de la guerra psicológica contra la insurgencia, en su libro *The Shaping of Psychiatry by War* [La transformación de la psiquiatría a través de la guerra]». ^[4] Rees pedía que se creasen «tropas de choque»; es decir, grupos de psiquiatras que desarrollaran métodos de control político que empujaran a la mayor parte de la población hacia la psicosis, empleando procedimientos de los llamados programas de modificación de la conducta. Propone dicha medida para que la población se volviera sumisa al orden económico internacional que seguiría a la Segunda Guerra Mundial.

En 1945, Rees dijo a un grupo de psiquiatras del Ejército de Estados Unidos: «Si nos proponemos actuar a las claras y atacar los problemas sociales y nacionales de hoy, hemos de contar con tropas de choque, es decir, con psiquiatras que la psiquiatría basada únicamente en las instituciones no puede proporcionar. Debemos tener equipos de psiquiatras que puedan moverse y establecer contactos en determinadas áreas y en su zona particular».^[5]

La lógica de Rees es clara. Para lograr una verdadera salud mental se requiere una transformación completa de la sociedad de acuerdo con lo que propugna la selección racional. Pero, tal como se lamenta en su libro: «Muchos no lo ven del mismo modo, entre ellos la mayoría de los obreros, que tienen el convencimiento de que todo método de selección es un mecanismo por el cual el malvado capitalismo pretende hacer más rentable el trabajo de sus empleados. Y ése es un argumento muy difícil de rebatir».^[6] Desde el punto de vista de Rees, esos opositores, junto con todo aquel que participe en «huelgas» o en «actividades subversivas», son neuróticos que necesitan tratamiento urgente, pero que por desgracia son incapaces de ver que están enfermos. En ese mundo de neuróticos sin conciencia de serlo, la psiquiatría, el otro árbitro de la cordura, sólo puede ser ejercida por un consejo de sabios «de cada país, grupos de psiquiatras, relacionados entre sí», preparados para hacer uso de todas sus armas e influencia para entrar «en el terreno de la política y del gobierno».^[7]

Sólo una «conspiración de psiquiatras» —como decía Rees cuando hablaba de su «misión»— podría construir una sociedad «en la que sea posible que todos los grupos sociales reciban tratamiento cuando lo necesiten, aunque no lo deseen, sin necesidad de invocar la ley».^[8] Para Rees, la construcción de ese consejo de sabios se convirtió en la «misión» de su vida. Tal como dice L. Marcus en su obra de investigación: «los métodos de Rees se apoyan, de manera total y consciente, en la destrucción de la vida mental de la sociedad mundial y en la marcha forzada hacia el sadismo universal».^[9] En esto radica su afinidad: hombres como seres desprovistos de intelecto cuyas mentes, según Tavistock, pueden manipularse y destruir.

Desde entonces, las diversas formas de guerra psicológica desarrolladas en el Instituto Tavistock han constituido el rasgo característico de las actividades de un conjunto de

centros de estudios de todo el mundo, relacionados entre sí, que trabajan como órganos de consultoría y llevan a cabo encargos especiales. Organismos gubernamentales y grandes empresas, cuyos estudios de desarrollo y proyectos piloto tienen el claro objetivo de crear técnicas políticas de control social. Rees y Tavistock organizaron su consejo de sabios de acuerdo con el conocido dicho de: «No somos muchos, pero estamos bien situados».^[10] Rees conocía bien las estructuras del poder, cómo organizar a personas clave, para promover ideas e influir.

Cuando hablamos de guerra psicológica, con frecuencia hablamos de maneras de aterrorizar al enemigo; y para conseguirlo debemos entender la psique del enemigo, lo que le hace amar, odiar, luchar, huir. Dicho enemigo puede ser extranjero o no, puede tratarse de un ejército de hombres o de una masa enfurecida de trabajadores. Y a fin de encontrar el antídoto eficaz, Tavistock y compañía necesitan entender cómo reaccionará dicho enemigo en situaciones de estrés. ¿Luchará con mayor ahínco o simplemente se rendirá? ¿O se equivocará y le hará ganar la guerra al enemigo, por así decirlo? Los errores más costosos de las operaciones de guerra psicológica siempre son los que se cometen por desconocer la forma de pensar del enemigo. Esto implica que las «tropas de choque» que propone Rees deben tener un profundo conocimiento de la psicología humana, un conocimiento que en sí mismo es una especie de magia negra. Y dado que estamos hablando de una guerra de percepciones, de «maneras de ver el mundo», es importante que los psicólogos, los psiquiatras, los sociólogos y los antropólogos, esos hombrecillos grises sin identificar, vestidos con trajes de franela, que trabajan para Tavistock, comprendan el impacto del arte, la música, la literatura y otras expresiones culturales, y la manera en que dichas formas de expresión representan el modo de ver el mundo.

Y con el tiempo surgirá la tentación de poner a prueba algunos de estos principios en la población de nuestro país.